

PAPEL DE LA ESCUELA EN LA FORMACIÓN DE CIUDADANOS CRÍTICOS

Durley Esneda González Rodríguez¹

durlesgo@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-6124-3663>

**Institución Educativa
Pedro Estrada-Itagüí
Colombia**

Laura Andrea Ardila Pino²

lauraandreaardilapino@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-8352-610X>

**Institución Educativa
La Juventud- Bucaramanga
Colombia**

Erika Julieth Muñoz López³

ingejuli89@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-3063-5708>

**Institución Educativa
La Juventud – Bucaramanga
Colombia**

Recibido: 21/02/2025

Aprobado: 17/03/2025

RESUMEN

La escuela desempeña un papel fundamental en la formación de ciudadanos críticos, ya que es el espacio donde se promueve el pensamiento analítico y la reflexión sobre la realidad social. A través de un currículo que fomente el debate, la investigación y la discusión, los estudiantes aprenden a cuestionar las normas establecidas y a desarrollar una postura crítica frente a los problemas que les rodean. La educación no solo debe centrarse en la adquisición de conocimientos, sino también en cultivar habilidades como la empatía, la tolerancia y el respeto por la diversidad, elementos esenciales para formar

¹ Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorando en educación

² Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorando en educación

³ Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorando en educación

individuos capaces de participar activamente en una sociedad democrática. Ante ello, el presente artículo se enmarca en el propósito de analizar el papel de la escuela en la formación de ciudadanos críticos. Para alcanzar tal fin, se utilizará una metodología cualitativa desde un texto tipo ensayo. Como hallazgo se espera asumir la idea de que los educadores tienen la responsabilidad de guiar a los jóvenes en el desarrollo de una conciencia crítica que les permita no solo entender su entorno, sino también contribuir a su transformación. Por tal motivo, la escuela es clave para empoderar a los futuros ciudadanos con las herramientas necesarias para analizar, cuestionar y actuar en pro del bien común.

Palabras clave: rol de la escuela, formación educativa, ciudadanos críticos.

THE ROLE OF SCHOOLS IN THE EDUCATION OF CRITICAL CITIZENS

ABSTRACT

Schools play a fundamental role in the development of critical citizens, as they promote analytical thinking and reflection on social reality. Through a curriculum that encourages debate, research, and discussion, students learn to question established norms and develop a critical stance toward the problems that surround them. Education should not only focus on the acquisition of knowledge but also on cultivating skills such as empathy, tolerance, and respect for diversity, essential elements for developing individuals capable of actively participating in a democratic society. Therefore, this article aims to analyze the role of schools in the development of critical citizens. To achieve this goal, a qualitative methodology will be used, based on an essay-style text. The conclusion is expected to be that educators have the responsibility to guide young people in developing a critical consciousness that allows them not only to understand their environment but also to contribute to its transformation. For this reason, schools are key to empowering future citizens with the necessary tools to analyze, question, and act for the common good.

Keywords: role of the school, educational training, critical citizens.

DESARROLLO

Asumir la idea de formación, se debe fundamentar en una profunda reflexión sobre la naturaleza de la crítica y su papel en la educación y la vida democrática. Desde esta perspectiva, se plantea que la crítica no es simplemente un acto de cuestionar o señalar fallas, sino que se convierte en un proceso de conciencia crítica en la pedagogía, que requiere una autorreflexión constante sobre el contexto histórico y social en el que vivimos. Esta autorreflexión nos permite insertarnos activamente en la historia como autores y actores, en lugar de ser meros espectadores pasivos. En este sentido, la crítica se transforma en un motor para el cambio social y personal, promoviendo una comprensión más profunda de nuestra realidad en la formación de ciudadanos críticos.

La idea de ser autores y actores implica reconocer nuestra capacidad para influir en el mundo que nos rodea. Freire (1967). sostiene que “los auténticos regímenes democráticos requieren ciudadanos comprometidos que no solo consumen información, sino que también participan activamente en el diálogo y la construcción del conocimiento” (p. 167). Este enfoque dialógico es fundamental para fomentar una cultura política donde las voces diversas sean escuchadas y valoradas. La crítica, entonces, se convierte en un acto colectivo que fortalece la democracia al permitir a los individuos cuestionar las estructuras de poder y buscar alternativas viables para mejorar sus condiciones de vida. En un sentido más amplio, esta concepción de la crítica también está vinculada con la idea de ser agentes activos en la construcción social y cultural. La autoconciencia crítica

permite reconocer las propias posiciones ideológicas, sociales o culturales para transformarlas desde un ejercicio reflexivo y dialogante. Así, se fomenta una ciudadanía más consciente, participativa y comprometida con los procesos democráticos y con la transformación social (Freire, 1967).

Desde lo planteado, se contrasta esta visión activa con lo que él denomina "formas de vida mudas, quietas y discursivas". Estas formas de vida representan una aceptación pasiva del status quo, donde las personas se convierten en receptores inertes de información sin cuestionar ni reflexionar sobre su significado o implicaciones. En este contexto, la educación puede convertirse en un proceso mecanicista donde los estudiantes son tratados como objetos a ser llenados con conocimientos, en lugar de sujetos activos capaces de generar su propio entendimiento. Esta crítica a la educación tradicional resuena con la necesidad urgente de transformar nuestras prácticas pedagógicas hacia enfoques más participativos e inclusivos.

La conciencia crítica también implica un reconocimiento del tiempo y el espacio específicos en los que vivimos. Freire (ob. cit.). Enfatiza que "cada contexto tiene sus propias dinámicas sociales, políticas y culturales que deben ser consideradas al momento de educar (p. 143). Esto significa que los educadores deben estar atentos a las realidades locales y globales, adaptando sus métodos para abordar las necesidades particulares de sus estudiantes. Al hacerlo, fomentan un aprendizaje significativo que no solo se limita a la adquisición de conocimientos académicos, sino que también promueve habilidades críticas necesarias para navegar por un mundo complejo.

Además, el diálogo es un componente esencial del proceso crítico propuesto por Freire (ob. cit.). La educación debe ser vista como un acto comunicativo donde todos los participantes tienen voz y pueden contribuir al proceso educativo (p. 139). Este enfoque dialogal no solo empodera a los estudiantes al hacerlos partícipes activos en su aprendizaje, sino que también fomenta una cultura de respeto mutuo y colaboración. A través del diálogo, se generan espacios seguros donde las ideas pueden ser discutidas abiertamente, permitiendo así el surgimiento de nuevas perspectivas y soluciones creativas a problemas comunes. Al adoptar esta postura crítica propuesta, tanto educadores como estudiantes pueden convertirse en agentes de cambio dentro de sus comunidades. La educación se transforma así en un acto liberador que no solo busca transmitir conocimientos, sino también desarrollar individuos conscientes y comprometidos con su entorno social. En última instancia, esta visión invita a repensar nuestras prácticas educativas y a cultivar una cultura crítica que valore el diálogo, la reflexión y la acción transformadora como pilares fundamentales para construir sociedades más justas e igualitarias.

En un sentido más amplio, Giroux (2013). Plantea que “Desde la perspectiva de la pedagogía crítica, el rol del docente trasciende la mera transmisión de conocimientos; se convierte en un agente transformador que tiene la responsabilidad de fomentar en sus estudiantes una conciencia crítica sobre su entorno” (p. 46). Por ello, el autor enfatiza que la educación permite reconocer las propias posiciones ideológicas, sociales o culturales para transformarlas desde un ejercicio reflexivo y dialogante. Así, se fomenta

una ciudadanía más consciente, participativa y comprometida con los procesos democráticos y con la transformación social. Esto implica ayudarles a reconocer cómo sus experiencias personales están interconectadas con realidades sociales más amplias, promoviendo así un entendimiento más profundo de las dinámicas de poder y desigualdad que afectan sus vidas.

El desarrollo del juicio crítico en el alumnado es fundamental para lograr esta transformación. Esto significa que los estudiantes deben ser alentados a cuestionar y analizar críticamente las estructuras sociales, políticas y económicas que moldean su existencia. Al hacerlo, no solo adquieren habilidades analíticas, sino que también se convierten en ciudadanos informados y comprometidos, capaces de participar activamente en la construcción de una sociedad más justa.

La pedagogía crítica promueve un enfoque educativo que va más allá del aula tradicional. Los docentes deben crear espacios donde se fomente el diálogo abierto y la reflexión colectiva sobre temas relevantes para los estudiantes. Esto puede incluir discusiones sobre injusticias sociales, desigualdades raciales o económicas, y otros problemas contemporáneos que impactan sus vidas. Al involucrar a los estudiantes en estas conversaciones, se les brinda la oportunidad de conectar su experiencia personal con cuestiones sociales más amplias, lo que les permite desarrollar una comprensión crítica y contextualizada de su realidad.

Además, Giroux (ob. cit.). Menciona que este enfoque requiere que “los educadores sean conscientes de sus propias posiciones y privilegios dentro del sistema

educativo y social. La autorreflexión es clave para que los docentes puedan reconocer cómo sus experiencias y creencias pueden influir en su práctica pedagógica” (p. 43). Al adoptar una postura crítica hacia su propio rol, los educadores pueden modelar el tipo de pensamiento reflexivo que desean cultivar en sus estudiantes. Este proceso no solo beneficia a los alumnos, sino que también contribuye al crecimiento profesional continuo del docente.

La implementación de estrategias pedagógicas críticas también puede incluir metodologías activas como el aprendizaje basado en proyectos o el aprendizaje servicio. Estas metodologías permiten a los estudiantes abordar problemas reales en sus comunidades, fomentando así un sentido de responsabilidad social y compromiso cívico. A través de estas experiencias prácticas, los alumnos pueden aplicar su juicio crítico para identificar necesidades comunitarias y proponer soluciones efectivas, convirtiéndose así en agentes activos del cambio social.

Según Brito (op. cit.). Desde la perspectiva de la pedagogía crítica, “el papel del docente como agente transformador es fundamental para desarrollar un juicio crítico en los estudiantes” (p. 93). Al enseñarles a traducir cuestiones privadas en consideraciones públicas y fomentar una percepción sociocrítica de la realidad social, se les empodera para convertirse en ciudadanos comprometidos e informados. Este enfoque educativo no solo transforma la experiencia del aula, sino que también tiene el potencial de generar cambios significativos en las comunidades al promover una cultura de reflexión crítica y acción social. Ante ello, Heggart y Flowers (2019). Plantean que:

La formación de una ciudadanía crítica que actúe y reflexione teniendo un firme compromiso con la transformación social es una cuestión clave desde un enfoque socioeducativo pues aprender a soñar juntos, en comunidad, posibilita transformar a mejor nuestra realidad colectiva y personal (p. 48).

Sin embargo, la formación de una ciudadanía crítica es un objetivo fundamental en el ámbito educativo, especialmente desde un enfoque socioeducativo. Pero es necesario, subrayan la importancia de cultivar en los estudiantes la capacidad de actuar y reflexionar con un firme compromiso hacia la transformación social. Este proceso no solo implica adquirir conocimientos, sino también desarrollar habilidades críticas que permitan a los individuos cuestionar las estructuras existentes

El concepto de "aprender a soñar juntos" resuena profundamente en este contexto, ya que sugiere que la educación debe ser un esfuerzo colectivo. La idea de soñar en comunidad implica que los estudiantes no solo se enfoquen en sus aspiraciones individuales, sino que también consideren cómo sus sueños pueden entrelazarse con los de otros para generar un impacto positivo en su entorno. Este enfoque colaborativo fomenta un sentido de pertenencia y responsabilidad compartida, donde cada miembro de la comunidad se siente empoderado para contribuir al bienestar colectivo.

Desde esta perspectiva socioeducativa, Heggart y Flowers (2019). Menciona que “es vital que las instituciones educativas adopten prácticas pedagógicas que fomenten el aprendizaje colaborativo y crítico” (p. 57). Esto puede incluir proyectos comunitarios, debates sobre temas sociales relevantes o actividades que involucren a diversas partes interesadas. Al integrar estas experiencias en el currículo, se crea un espacio donde los

estudiantes pueden explorar sus inquietudes y aspiraciones colectivas mientras desarrollan un sentido crítico sobre su papel en la sociedad. Por tal motivo, la formación de una ciudadanía crítica comprometida con la transformación social es esencial desde un enfoque socioeducativo. Aprender a soñar juntos en comunidad no solo permite a los individuos imaginar un futuro mejor, sino que también les brinda las herramientas necesarias para actuar sobre esa visión colectiva. Al fomentar el diálogo, la reflexión crítica y el trabajo colaborativo, las instituciones educativas pueden desempeñar un papel clave en la creación de ciudadanos activos e informados capaces de contribuir positivamente a su realidad social. Ahora bien, desde la perspectiva de Sales (2012), se destaca dos tipos de educación para la formación de ciudadanos globales:

crítica y suaves; por un lado, la educación para la ciudadanía global "suave" busca que la población comprenda que son parte del problema y que cualquiera puede formar parte de la solución cambiando determinadas cuestiones, mientras que la "crítica" defiende que toda la ciudadanía es parte del problema y que debemos actuar para solucionarlo (p. 54).

La distinción entre educación para la ciudadanía global "suave" y "crítica", es fundamental para entender los diferentes enfoques que pueden adoptarse en la formación de ciudadanos globales. La educación "suave" se centra en la idea de que los individuos son parte del problema, pero también enfatiza que cada persona tiene el potencial de ser parte de la solución mediante cambios individuales o ajustes en su comportamiento. Este enfoque promueve una visión optimista y accesible, donde se busca fomentar actitudes como la tolerancia, el respeto y el desarrollo personal, con el objetivo de alcanzar un estado ideal de igualdad y bienestar social.

Sin embargo, este enfoque puede ser criticado por su tendencia a simplificar las complejidades de las injusticias sociales y globales. Al centrarse en el individuo como agente del cambio, puede desviar la atención de las estructuras sistémicas que perpetúan la desigualdad y la injusticia. En este sentido, la educación "suave" puede resultar insuficiente para abordar problemas profundos y arraigados que requieren un análisis crítico y una acción colectiva más contundente.

Por otro lado, la educación para la ciudadanía global "crítica" adopta una postura más radical al afirmar que toda la ciudadanía es parte del problema. Este enfoque no solo reconoce que los individuos tienen un papel en perpetuar injusticias, sino que también subraya la necesidad de actuar colectivamente para solucionarlas. La educación crítica busca empoderar a los estudiantes para que comprendan las dinámicas de poder y opresión presentes en sus contextos sociales, fomentando así un sentido de responsabilidad compartida hacia el cambio social.

El propósito de esta educación crítica va más allá del desarrollo personal; se enfoca en tratar las injusticias estructurales y crear bases equitativas para el diálogo. Esto implica no solo educar sobre derechos humanos y justicia social, sino también proporcionar herramientas prácticas para que los ciudadanos puedan involucrarse activamente en procesos de transformación social. La autonomía se convierte en un valor central, ya que se busca formar individuos capaces de pensar críticamente sobre su entorno y actuar en consecuencia.

Además, la educación crítica promueve un aprendizaje basado en la reflexión profunda sobre las realidades sociales, políticas y económicas. A través del análisis crítico, los estudiantes pueden identificar las raíces de las desigualdades y desarrollar estrategias efectivas para abordarlas. Este enfoque fomenta una ciudadanía activa e informada que no solo reacciona ante problemas inmediatos, sino que también trabaja hacia soluciones sostenibles a largo plazo. Por tal motivo, Andreotti (2014). hace énfasis en que:

el propósito de la educación para la ciudadanía global "suave" es que toda la población logre el desarrollo, la tolerancia o la igualdad, sin embargo, la "crítica" busca tratar las injusticias, crear bases equitativas de diálogo y que la ciudadanía sea autónoma (p. 89).

Ante ello, tanto la educación "suave" como la "crítica" ofrecen perspectivas valiosas sobre cómo formar ciudadanos globales. Sin embargo, es crucial reconocer las limitaciones del enfoque suave al abordar problemas complejos e interconectados. La educación crítica proporciona un marco más robusto para entender y actuar sobre las injusticias sociales, empoderando a los individuos a convertirse en agentes activos del cambio dentro de sus comunidades y más allá. Al integrar ambos enfoques en prácticas educativas, se puede aspirar a una formación integral que prepare a los estudiantes no solo para comprender su lugar en el mundo, sino también para transformarlo efectivamente.

En el mismo orden de ideas, Andreotti (2014). busca “promover el compromiso con las cuestiones y perspectivas mundiales y el establecimiento de una relación ética con la diferencia, considerando la complejidad del sistema y las relaciones de poder desigual” (p.63). El enfoque de la educación para la ciudadanía global crítica, tal como lo plantea el autor, es fundamental en el contexto actual, donde las interconexiones globales y las desigualdades sociales son cada vez más evidentes. Este estudio se alinea con esta perspectiva al buscar promover un compromiso activo con cuestiones y perspectivas mundiales, así como establecer una relación ética con la diferencia. La educación para la ciudadanía global crítica no solo se centra en la adquisición de conocimientos sobre problemas globales, sino que también enfatiza la importancia de comprender las complejidades del sistema mundial y las relaciones de poder desiguales que lo configuran. Esto implica que los estudiantes deben ser capacitados para analizar críticamente cómo estas dinámicas afectan a diferentes comunidades y grupos en todo el mundo.

Al fomentar un compromiso ético con la diferencia, este enfoque educativo invita a los estudiantes a reconocer y valorar la diversidad cultural, social y económica. Se trata de desarrollar una sensibilidad hacia las realidades de otros, entendiendo que cada individuo y comunidad tiene su propia historia y contexto que influye en sus experiencias. Esta comprensión es esencial para construir puentes entre diferentes culturas y promover un diálogo inclusivo que respete las voces diversas. Además, al considerar la complejidad del sistema global, los educadores pueden ayudar a los estudiantes a ver

más allá de las soluciones simplistas o individualistas. En lugar de abordar problemas como si fueran aislados, se les anima a entender cómo están interrelacionados y cómo las decisiones tomadas en un lugar pueden tener repercusiones en otros. Este análisis crítico es vital para formar ciudadanos informados que puedan participar activamente en la búsqueda de soluciones justas y sostenibles.

Según Andreotti (2014). “el compromiso con cuestiones mundiales también implica una responsabilidad activa por parte de los estudiantes. No se trata solo de ser conscientes de los problemas, sino de involucrarse en acciones concretas que busquen generar cambios positivos” (p. 67). Esto puede incluir desde iniciativas locales hasta movimientos globales que aborden temas como el cambio climático, la justicia social o los derechos humanos. Por tal motivo, este abordaje se inserta en un enfoque integral que fomente el compromiso ético con las diferencias y una comprensión profunda de las complejidades del sistema mundial. Al hacerlo, busca empoderar a los estudiantes para que se conviertan en agentes activos del cambio social, en contraste, una vida marcada por la crítica implica estar siempre dispuesto a cuestionar las verdades establecidas, a dialogar con diferentes perspectivas y a desafiar las estructuras que limitan la libertad y el desarrollo humano.

Por tal motivo, el pensamiento crítico se presenta como una habilidad esencial en el mundo contemporáneo, donde la información abunda y las decisiones deben tomarse en contextos complejos. Según Franco et. al. (2017). Este tipo de pensamiento se define como una “forma superior de pensamiento” que integra diversas habilidades,

disposiciones, conocimientos y normas. Esta integración permite a los individuos no solo procesar información de manera efectiva, sino también aplicar ese conocimiento en situaciones cotidianas, ya sean personales, académicas, laborales o sociales. En un entorno donde la capacidad de discernir entre información veraz y falsa es crucial, el desarrollo del pensamiento crítico se convierte en una necesidad imperante.

La educación juega un papel fundamental en la promoción del pensamiento crítico. A través de metodologías pedagógicas que fomenten la reflexión, el análisis y el debate, los educadores pueden cultivar en los estudiantes la capacidad de cuestionar su entorno y desarrollar un sentido crítico sobre las realidades que les rodean. Peach y Clare (2017). argumentan que esta “formación es vital para que los ciudadanos tomen conciencia de las injusticias y desigualdades presentes en sus comunidades” (p. 19). Al empoderar a los estudiantes con herramientas críticas, se les prepara para identificar situaciones que generan sufrimiento y a actuar en consecuencia.

El desarrollo de experiencias educativas transformadoras es clave para fomentar tanto el Pensamiento Crítico como la conciencia social. Este tipo de experiencias puede implementarse mediante metodologías como el aprendizaje basado en proyectos, el trabajo en equipo, la investigación aplicada o el aprendizaje por descubrimiento. La clave está en crear espacios donde puedan experimentar, cuestionar y diseñar propuestas que tengan un impacto tangible. Aramburuzabala (2013). destaca que, “al promover este tipo de aprendizaje, se facilita que el alumnado reconozca su papel como agentes de cambio” (p. 13). Este reconocimiento es esencial para cultivar una ciudadanía activa que no solo

sea consciente de las problemáticas sociales, sino que también esté dispuesta a participar en su resolución.

Además, el pensamiento crítico permite a los individuos evaluar diferentes perspectivas y considerar las implicaciones éticas de sus decisiones. En un mundo cada vez más interconectado, donde las acciones individuales pueden tener repercusiones globales, esta habilidad se vuelve aún más relevante. Además, esta forma educativa corresponde a estilos de vida altamente permeables, interrogadores, inquietos y dialogales. Es decir, promueve una actitud abierta al diálogo, a la duda constructiva y a la búsqueda constante de comprensión y cambio. Se opone a las formas de vida mudas, quietas y discursivas que se caracterizan por la pasividad, la falta de cuestionamiento y la repetición de discursos establecidos sin un análisis profundo o crítico. La integración del pensamiento crítico en la educación también implica un enfoque interdisciplinario. Los problemas sociales son complejos y multifacéticos; por lo tanto, abordar estos temas desde diferentes disciplinas puede enriquecer la comprensión del alumnado.

Asimismo, es importante considerar que el desarrollo del pensamiento crítico no ocurre en un vacío; está influenciado por factores culturales y contextuales. Las experiencias previas de los estudiantes, así como sus entornos familiares y comunitarios, juegan un papel crucial en cómo desarrollan su capacidad crítica. Por ello, es fundamental que las instituciones educativas reconozcan estas diferencias y adapten sus enfoques pedagógicos para ser inclusivos y representativos. Por ende, al fomentar el pensamiento crítico no solo beneficia a los individuos; tiene implicaciones profundas para

la sociedad en su conjunto. Una ciudadanía crítica es capaz de cuestionar estructuras injustas y abogar por cambios significativos. Esto contribuye a construir sociedades más justas e igualitarias donde se valore la diversidad y se promueva el bienestar colectivo. Así pues, invertir en educación orientada al desarrollo del Pensamiento Crítico es invertir en un futuro más equitativo.

El pensamiento crítico emerge como una competencia esencial para enfrentar los desafíos contemporáneos. A través de una educación transformadora que promueva esta forma superior de pensamiento junto con una conciencia social activa, podemos preparar a las nuevas generaciones para ser agentes efectivos del cambio social. Este enfoque educativo no solo empodera a los individuos a pensar “bien”, sino que también les proporciona las herramientas necesarias para contribuir a un mundo más justo e inclusivo. Según Reimers (2000):

desde la idea de pensamiento crítico no es sólo preservar el pasado, sino construir el futuro. En la escuela se aprenden muchas cosas de las maestras, de los compañeros en clase, de los libros (...); se aprende una relación con el conocimiento y con la realidad a la que ese conocimiento se refiere y sobre la que permite actuar; (...) se aprenden ideas sobre uno mismo, sobre nuestro lugar en la estructura social, en la vida y en el mundo (p.12).

La idea de que el pensamiento crítico no se limita a la preservación del pasado, sino que también implica la construcción activa del futuro, es fundamental en el contexto educativo contemporáneo. Al contrario, la escuela es un espacio donde se adquieren no solo conocimientos académicos. Este proceso de aprendizaje va más allá de la simple

memorización de datos; se trata de desarrollar una comprensión profunda que permita a los estudiantes actuar de manera informada y consciente en su entorno.

Por tal motivo, el pensamiento crítico es esencial para que los estudiantes puedan cuestionar y analizar la información que reciben. A través de la interacción con maestras, compañeros y materiales educativos, los alumnos forman ideas sobre sí mismos y su lugar en la estructura social. Esta autocomprensión es crucial para fomentar una identidad crítica que les permita reconocer su papel en el mundo y las dinámicas de poder que lo configuran. Al entender cómo sus experiencias individuales están interconectadas con realidades más amplias, los estudiantes pueden desarrollar una perspectiva más holística sobre los problemas sociales.

Según Reimers (2000), “el aprendizaje en la escuela no ocurre en un vacío; está influenciado por contextos culturales, históricos y sociales” (p. 64). Por lo tanto, es vital que las instituciones educativas promuevan un ambiente donde se valore el diálogo crítico y se fomente la reflexión sobre las injusticias presentes en la sociedad. Esto no solo ayuda a los estudiantes a construir un sentido de responsabilidad social, sino que también les proporciona las herramientas necesarias para convertirse en agentes activos del cambio. El desarrollo del pensamiento crítico también implica aprender a cuestionar las narrativas dominantes y explorar alternativas. En un mundo donde la información es abundante, pero a menudo sesgada o manipulada, ser capaz de discernir entre diferentes perspectivas es crucial. La educación debe equipar a los estudiantes con

habilidades analíticas que les permitan evaluar críticamente las fuentes de información y formarse opiniones fundamentadas.

Asimismo, al aprender sobre su lugar en la estructura social, los estudiantes pueden identificar desigualdades y opresiones que afectan a diversas comunidades. Este reconocimiento es un primer paso hacia la acción; al comprender cómo funcionan estas dinámicas, los jóvenes pueden involucrarse en iniciativas que busquen promover una visión social de la idea educativa que justifique el desarrollo de aquellos que son marginados o desfavorecidos. La construcción del futuro también implica imaginar nuevas posibilidades y alternativas a las realidades existentes. El pensamiento crítico permite a los estudiantes soñar con un mundo diferente y trabajar hacia esa visión. Al fomentar un ambiente educativo donde se valoren la creatividad y la innovación, se puede inspirar a los jóvenes a proponer soluciones originales a problemas complejos.

Por tal motivo, Reimers (2000). Señala que “al integrar el pensamiento crítico en el currículo escolar, se está preparando a las futuras generaciones para enfrentar desafíos globales como el cambio climático, la desigualdad económica o las crisis humanitarias” (p. 78). Estos problemas requieren no solo conocimiento técnico, sino también una capacidad crítica para abordar sus causas subyacentes y buscar soluciones sostenibles. Por tal motivo, el pensamiento crítico es esencial no solo para preservar el conocimiento del pasado, sino también para construir un futuro más justo e inclusivo. La educación tiene el potencial de empoderar a los estudiantes para que comprendan su lugar en el mundo y actúen como agentes de cambio. Al cultivar esta habilidad desde

una edad temprana, podemos contribuir al desarrollo de ciudadanos comprometidos e informados capaces de enfrentar los retos del mañana.

Para finalizar se resalta la importancia de la educación en la formación de ciudadanos críticos, capaces de analizar, cuestionar y actuar sobre su realidad social. Confirmando que la escuela juega un papel fundamental en este proceso, al proporcionar las herramientas necesarias para desarrollar un pensamiento crítico y una conciencia social activa.

Si bien la pedagogía crítica, el aprendizaje colaborativo y las experiencias educativas transformadoras son estrategias efectivas para fomentar la ciudadanía crítica y el compromiso social, también se identificó la necesidad de superar enfoques educativos "suaves" que simplifican las complejidades de las injusticias sociales, hacia un enfoque más "crítico" que promueva la autonomía y la acción colectiva. Para fortalecer el papel de la escuela en la formación de ciudadanos críticos, se sugiere implementar las siguientes acciones: promover un currículo que integre el debate, la investigación y la discusión crítica de la realidad social; fomentar el desarrollo de habilidades como la empatía, la tolerancia y el respeto por la diversidad, esenciales para la convivencia democrática; capacitar a los docentes en pedagogías críticas y metodologías activas que empoderen a los estudiantes como agentes de cambio social; crear espacios de diálogo y reflexión donde los estudiantes puedan conectar sus experiencias personales con problemáticas sociales más amplias. Finalmente, se plantea la necesidad de seguir indagando sobre el tema, explorando nuevas teorías y enfoques que permitan enriquecer

la práctica educativa y formar ciudadanos cada vez más comprometidos con la construcción de un mundo justo e igualitario.

REFERENCIAS

- Andreotti, V. (2014). Educação para a cidadania global—soft versus critical. Sinergias: Diálogos Educativos para a Transformação Social, 1, 57-66. https://sinergiased.org/wp-content/uploads/2014/11/04vanessa_andreotti.pdf
- Aramburuzabala, P. (2013). Aprendizaje-servicio: una herramienta para educar desde y para la justicia social. RIEJS, 2(2), 5-11. <https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/660345/editorial.pdf?sequence=1>
- Brito, F. J. (2017). Educación y cambio social: Aportes desde la pedagogía crítica. Revista Electrónica Diálogos Educativos, 16(31), 137-150. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5881960>
- Franco, A., Vieira, R. M. y Saiz, C. (2017). O pensamento crítico: as mudanças necessárias no contexto universitário. Revista de Estudios e Investigación En Psicología y Educación, (7), 11–16. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6348826>
- Freire, P. (1967). La educación como práctica de libertad. Siglo XXI.
- Giroux, H. (2013). La Pedagogía crítica en tiempos oscuros. Praxis Educativa, (17), 13-26. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8602294>
- Heggart, K. R. y Flowers, R. (2019). Justice citizens, active citizenship, and critical pedagogy: Reinvigorating citizenship education. Democracy and Education, 27(1), 1-9. <https://democracyeducationjournal.org/home/vol27/iss1/2/>
- Peach, S. y Clare, R. (2017). Global Citizenship and Critical Thinking in Higher Education Curricula and Police Education: A Socially Critical Vocational Perspective. Journal of Pedagogic Development, 7(2), 46–57. https://www.researchgate.net/publication/341071486_Global_citizenship_education_in_the_era_of_globalization

Reimers, F. (2000). Educación, desigualdad y opciones de política en América Latina en el siglo XXI. *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos*, 30(2), 11-42. https://www.researchgate.net/publication/44826884_Educacion_desigualdad_y_opciones_de_politica_en_America_Latina_en_el_siglo_XXI

Sales, A. (2012). Creando redes para una ciudadanía crítica desde la escuela intercultural inclusiva. *Revista de Educación inclusiva*, 5(1), 51-67.